

La ley de amor se ha publicado con las palabras y acciones del Legislador. ¿Qué debemos hacer nosotros, amados míos? Amarnos recíprocamente, sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros hermanos, no dar lugar al odio y rencor en nuestros corazones; perdonar de corazón á los que nos han agraviado; socorrer las indigencias del prójimo; no considerar en él sino un hijo del Padre celestial que nos engendró á todos; y cumpliendo esta ley de amor, estaremos seguros de haber satisfecho á todos los mandamientos divinos, y de merecer la corona de la inmortalidad en el reino de la paz y del amor. Amen.

SERMON DOGMÁTICO

SOBRE LOS

MOTIVOS QUE TUVO JESUCRISTO PARA INSTITUIR

EL SACRIFICIO DE LA EUCARISTÍA.

In qua voluntati sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.

En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez.

(HEBREOS., cap. x, vers. 10.)

El dogma de la sustitucion del inocente en lugar del culpado para aplacar la ira de Dios, es tan antiguo como el mundo. Entre tanta diversidad de pueblos y de naciones como ocupan el globo, ni uno solo se ha descubierto aún que no tuviera sus altares, sus sacerdotes, sus ritos y su liturgia, destinado todo á exprimir de un modo sensible esta creencia del espíritu humano. Ora se han encontrado pueblos que sobre un ara de césped inmolaban corderos y derramaban libaciones; ora se han visto otros que, coronados de hiedras, llevaban á su rústico adoratorio manojos de dorada mies y cestillos de aromáticas frutas; aquí unos conducen millares de prisioneros destinados á teñir con su sangre las innumerables aras erigidas al dios que les diera completa victoria; aquí otros ¡horror causa decirlo! llevan al hijo recién nacido, á la esposa, al deudo más amado, y coronados de flores son presentados al sacerdote infando que, degollada la víctima, registra sus palpitantes entrañas para conocer en

ellas si el cielo está aplacado ó irritado. Los primeros sacrificios caracterizan las edades antiguas, aquellas que casi vieran á los primeros padres de la humanidad y oyeran de sus lábios la pureza é inocencia del culto que deben los hombres á Dios; los segundos nos revelan los tiempos de la barbarie, en que, olvidándose los hombres de las tradiciones religiosas, no glorificaron al Sér divino ni respetaron los derechos humanos, sino que se embrutecieron bajo el imperio despótico de las pasiones.

Mas en estos sacrificios, que casi en su totalidad podemos llamar criminales, se descubre siempre una creencia universal, que es la necesidad de aplacar la ira del cielo con la sangre de víctimas puras y sin mancilla. Así es que en la época de la mayor pureza de ideas vemos que los sacrificios que se ofrecian al Dios verdadero, ó bien á númenes secundarios cuya existencia creian los pueblos gentiles, eran de animales cuyo carácter y natural es la mansedumbre: el cordero, la ternera, el toro; las avejillas más candorosas, la paloma, la tórtola, eran las víctimas que teñian los altares con su sangre, y nunca se vieran sobre las aras ni al tigre, ni al halcon, ni á ningun animal feroz y carnívoro. ¿Y por qué? Porque la sangre de éstos era, entre los irracionales, la ménos á propósito para aplacar á Dios, pues si pudiese haber crimen donde no hay libertad ni razon, diríamos que eran criminales estos animales, porque para vivir necesitan de que otros mueran entre sus dientes y sus garras formidables, al paso que los otros, sin ofender á nadie, se alimentan de las yerbas de los campos y viven en paz con el hombre.

Eran estos sacrificios inútiles, eran criminales; pero todos unánimemente atestiguaban la necesidad que tenía la naturaleza humana de un sacrificio expiatorio, en que el inocente muriese por el culpado. Jesucristo, amados míos, vino á confirmar esta gran idea que la humanidad

tenía en medio de sus innumerables aberraciones. Después de haber destruido con su celestial doctrina todas las fábulas inventadas entre los sueños de la superstición; después de haber mostrado á los hombres que era Él la Verdad y la salud y el camino para llegar al bien; después de haber pasado tres años evangelizando á los hombres el reino de Dios, puso en planta el sacrificio de expiación, ofreciéndose una vez materialmente en el ara de la Cruz, y santificando á todos los hombres con esta oblacion: *In qua voluntate sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.*

Hé aquí lo que hizo el Verbo divino una sola vez, sin que pueda ser materialmente reiterado el sacrificio que Él consumara en su propia sangre. Mas la humanidad, siempre atenta á sustituir sin cesar un inocente que pague por sus culpas cotidianas, parece que no quedaba completamente satisfecha; necesitaba de un sacrificio perenne, cuya sangre, derramada á cada instante, aplacase la ira celestial. Dios, que viniera al mundo para abrir á la humanidad grandes vías de reconciliación, leyó este deseo en el corazón de todos los hombres, y al poner su pié en las aras del sacrificio, no quiso que éste fuera transitorio ni de un solo momento: lo hizo perpétuo y continuo, ordenando á sus Apóstoles que cada dia renovasen de un modo incruento, pero real y positivo, el mismo holocausto que santificaba al mundo.

¡Ah! ¡Cuántas grandezas se descubren en esta sola verdad de la fé! Es este sacrificio, no sólo el único que puede aplacar la ira de Dios, sino el único que satisface á los deseos del hombre. Quería el hombre un inocente para aplacar á Dios, y lo tiene en Jesus; quería un valor y un precio infinito, y lo tiene en todas las acciones de Jesus; quería una sangre que expiase y borrara todas las culpas, y también la encuentra en Jesus. En una palabra, amados míos: quería la humanidad un sacrificio perenne,

para no ser víctima de la cólera divina que engendra sus pecados, y también Jesús subviene á esta necesidad del género humano, instituyendo el sacrificio del altar. Consecuente á esta doctrina, os haré ver en este sacrificio la realizacion de todos los deseos de la humanidad expresados en todos los pueblos de la tierra.

Imploramos los auxilios del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á su divina Esposa, á quien saludamos con el ángel.

AVE MARÍA.

La idolatría no fué otra cosa que la putrefaccion de las ideas humanas, que por grados habian degenerado, del mismo modo que las sustancias materiales se convierten algunas veces, de sustancias puras y salubres, en hediondas y deletéreas. Decir que los pueblos idólatras no conocieron á Dios, sería decir que no descendian en línea recta de Adán y de los otros primeros patriarcas que cuidadosamente enseñáran al género humano la existencia de Dios y el culto que Éste exige por derecho de soberanía; sería decir que no eran hombres, porque es tan natural al alma humana el conocer á Dios, como es natural al cuerpo el respirar. Los idólatras, ora los veamos en las altas regiones del Tibet y de la Tartaria, ora los contemplemos en las llanuras del Tíber, ora entre las abrasadas hondonadas de la Libia, conocen á Dios. Lo que ha extraviado el espíritu humano á los excesos de la idolatría no ha sido jamás la negacion de la existencia divina, sino la creencia de que habia dos principios: el principio del bien y el del mal; por consiguiente, la creencia de dos dioses; más todavía, la idolatría, semejante al torbellino, envolvió al género humano en tantas ideas contradictorias, que creyeron los antiguos que cada astro, cada elemento, cada estacion, cada

planta, tenían un númen tutelar, al cual rendian adoraciones. No paró aquí el extravío de las ideas: se pensó que las almas de los Reyes benéficos, de los amigos buenos y de los héroes y biehechores de la humanidad, iban á lo que llamaba el mundo pagano *Campos Eliseos*, que no era otra cosa que nuestro cielo; de estos Campos Eliseos venian á vivir entre sus amigos invisiblemente, y por eso se les alzaban templos, se les erigian estátuas, para que viviesen en aquéllos y morasen en éstas; allí los adoraban y les ofrecian sacrificios. ¡Qué! ¿Eran los hombres de otra naturaleza que nosotros, para no ver que una piedra no tiene inteligencia y que no puede ser Dios lo que es insensible? Conocieron, pues, á Dios los idólatras; mas no lo glorificaron, como dice el divino Pablo, corrompiendo sus ideas hasta el extremo de mudar la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes.

Por consiguiente, señores, la idolatría en sí misma no era tan sólo un error, sino un crimen; la idolatría es la prueba más grande de la existencia de Dios, de la de los ángeles buenos y de la de los malos; la idolatría es la más irrecusable prueba de la inmortalidad de nuestra alma, de la existencia del cielo y del infierno, y hasta del purgatorio. Los poetas eran para los idólatras lo que son para nosotros los profetas, los evangelistas y los doctores. Así dice Eusebio, y con él Bossuet, que Dios dió á Grecia y á Roma filósofos y poetas, así como dió á los judíos profetas y hombres inspirados, para que aquéllos con la ciencia y éstos con la revelacion, instruyesen á los hombres y los fuesen preparando para recibir la buena nueva. Pues bien: en los poetas del paganismo se ven á cada paso delineados los grandes dogmas de la humanidad, así como en los filósofos están consignados los principios de la moral. No era, repito, una negacion de la

verdad la corrupcion de la idolatría; era la aglomeracion de mil extravíos de la razon humana, y todos sus dogmas falsos estaban fundados en otros tantos verdaderos que el hombre olvidára, pues, como afirma el ilustre obispo Meldense, todo error tiene por fundamento alguna verdad. Hé aquí cuanto hay que decir sobre las divinidades paganas: conocian á Dios y no le adoraban, ó si le ofrecian sacrificios, era nivelándolo en las adoraciones con los otros dioses falsos; testigo de esta verdad es la ilustrada Atenas, en donde el Dios inmortal, infinito é inmenso, y cuya naturaleza era desconocida de los hombres, tenía una ara entre los dioses inventados por la supersticion.

Sucedia otro tanto respecto á los sacrificios: ofrecian los hombres sacrificios á los dioses tutelares; los ofrecian tambien á los que presidian al mal; temian los hombres, y temian con razon, porque la tradicion de sus padres les habia mostrado un hecho que inspiraba terror: la caida de su primer padre por las sugerencias de un sér terrible por su virtud y astucia; pero este sér tenía muchos compañeros que le ayudaban en su obra de destruccion del hombre, y así los desgraciados mortales que habian corrompido las primeras ideas transmitidas por la revelacion, alzaban altares á esos espíritus maléficis, y les consagraban víctimas, les dedicaban solemnidades para tenerlos propicios; así era adorado el demonio, constándoles á los hombres que era su enemigo. ¡Qué! Sin este temor, contra cuyos terrores no conocian los mortales el remedio de la Cruz, ¿hubieran doblado los hombres su rodilla ante un enemigo formidable? Cuando la adoracion no es más que un acto de amor, ¿pudiera acaso dirigirse á un sér el más detestable para el hombre? Pero, señores, confesemos que en este mismo error habia implícitamente envuelta una verdad: se confesaba que el hombre era tan grande, que excitó la envidia de los espíritus

que el paganismo llamaba dioses inferiores; se confesaba que el hombre cayó de su grandeza y habia irritado al cielo, pues habia éste dado tanto poder al enemigo del hombre, para que se ensañase en el mismo hombre. No daremos un solo paso en la historia de la idolatría sin ver esculpida por todas partes esta gran verdad: *el cielo está irritado contra el hombre*; esta frente nobilísima no podia alzarse sin rubor, porque en medio de ella estaba estampado el lema que exprimía su posicion respecto de Dios: *Eres, decia, un apóstata, un proscrito*.

Por consiguiente, todas las adversidades eran consideradas como una consecuencia de esta apostasia; no daban los elementos un solo golpe á las obras humanas sin que al momento se pensase en el Dios de los huracanes, en el del fuego, en el de las aguas; salian los hombres al combate, y ántes se pedia favor al Dios de la guerra: si ésta era adversa, Dios estaba irritado; si próspera, se le ofrecian víctimas de accion de gracias, en que tenían la parte principal los desgraciados prisioneros. Así por todas partes vemos templos, altares, sacerdotes, sacrificios, todos destinados á aplacar la ira celeste. ¿Cuál es tu afliccion, cuál tu desgracia, cuál tu crimen, triste descendencia de Adan? Si tú necesitas de un sacrificio, ¿por qué tomas la víctima entre tus semejantes? ¡Qué! ¿Ignoras tú que esa gran familia humana no es manada de animales? ¿No sabes que todo hombre viene al mundo con derechos imprescriptibles, y que el primero es el derecho de vida?

Todas estas preguntas se ve uno precisado á hacer en presencia de esa exigencia universal del sacrificio y de las víctimas que la humanidad escoge, y de todas partes la humanidad responde: «Mi afliccion es el no poder tratar con mi Criador, porque estoy enemistado con él; mi desgracia consiste en ser hijo de un padre que me ha concebido en pecados, y á cuya consecuencia los elemen-